

LAURA CÁZARES HERNÁNDEZ, *El caldero fáustico: la narrativa de Sergio Pitol*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 2006.

Amistad y admiración suelen tener felices resultados. Laura Cázares conoce a Sergio Pitol desde hace mucho tiempo y hace mucho también, casi veinte años, que descubrió con deslumbramiento una obra para la que ha organizado cursos y seminarios, dirigido tesis (las primeras en México sobre el autor), escrito multitud de artículos y ensayos. Por fin en 2006 se decidió a reunir sus trabajos en *El caldero fáustico*, un volumen en el que dio orden y cuerpo a sus pesquisas y reflexiones. Los escritos así presentados cobran otra dimensión al constituir un mosaico articulado que presenta la mirada panorámica indispensable para la aprehensión de la narrativa orgánica del escritor veracruzano.

En cuatro partes y dos anexos, el libro se ocupa de las distintas etapas de la trayectoria del autor. En la primera y más amplia, compuesta por cinco ensayos, la autora revisa una veintena de cuentos en los que analiza rasgos característicos de esta escritura: la ironía, lo grotesco, lo siniestro, la presencia de la locura, los infiernos familiares; analiza la fuerte impronta del viaje, no sólo en el ámbito geográfico, sino también en el simbólico; estudia los nexos entre la realidad y la ficción, y también rastrea la manifestación de un recurso, cuando es presencia puntual lo mismo que cuando se difumina por el texto. En dos de los trabajos, concentrados en el estudio de cuentos individuales, la autora desarrolla un mecanismo que luego retoma en otros ensayos del volumen. Se trata del establecimiento de paralelismos muy interesantes y esclarecedores entre el texto en cuestión y otros trabajos que Pitol publicó de manera colateral. En esta parte del libro me parece particularmente sugerente lo que hace con "Nocturno de Bujara". Para este cuento, aparecido por primera vez en 1981, Cázares retoma "De un diario. 1980", fragmento que la revista *Diálogos* publicó en 1983, donde el escritor apunta distintos sucesos que se integraron a su ficción (como el recuerdo de aventuras que inventaba con Juan Manuel Torres, los desfiles de boda de Bujara, los millares de cuervos frente al hotel). "Si bien el «Diario» no aparece dentro del cuento", escribe Cázares, "su publicación bastante cercana parece tener la intención de hacerlo entrar en un juego comunicante con él". Y añade con perspicacia: "El «Diario»... funciona como espejo de la construcción" (p. 70).

La segunda parte del libro se compone de dos textos: "Génesis de una novela y novela de una génesis: *Juegos florales*" y "La mascarada: presencia de Tirso de Molina en *El desfile del amor*". En el primero, de título especular como el que dio a su escrito sobre "Nocturno de Bujara", Cázares rastrea la publicación previa o contemporánea de fragmentos y relatos con que Pitol compone su segunda novela: "Cuando en Roma... (minifragmento de novela)" y "El relato veneciano de Bi-

llie Upward”, de 1981; “Los cuadernos de Orión” y “Cementerio de tordos”, de 1982. Después establece un nuevo paralelismo con otro texto, el “Diario de Moscú”, que Pitol publicó en *Territorios*, en los primeros meses de 1982, año en que la novela apareció por primera vez, bajo el sello de Siglo XXI. En esta ocasión, Pitol habla en el diario del difícil proceso de creación del relato de Billie Upward, con comentarios que ofrecen pautas para la comprensión de los personajes complejos que construye, como puede verse en esta cita que recoge la autora: el relato de la inglesa debe ser “un texto *muy* poético que le deje al lector la sospecha de que Billie podía ser una buena escritora y no sólo el monstruo extravagante que el autor personaje quiso retratar en su novela” (p. 107). Los trabajos de Cázares muestran cómo los dos años de diferencia entre el Diario y “Nocturno de Bujara” desaparecieron en el caso de *Juegos florales*. El siguiente paso fue el ingreso del Diario en la obra misma, lo que Pitol hizo a partir de *El arte de la fuga*.

En “La mascarada: presencia de Tirso de Molina en *El desfile del amor*”, la autora se ocupa de un aspecto central: el influjo del teatro en la narrativa del escritor. Antes de entrar en materia, la investigadora da ejemplos de cuentos en los que se recrean piezas teatrales y cita declaraciones de Pitol en ese sentido. Luego, en la parte central del ensayo, analiza coincidencias y contrastes entre “La huerta de Juan Fernández” y *El desfile del amor*. Y también cita a estudiosos y filósofos que plantean la cuestión de una manera que coincide con la que aflora en las obras de Pitol, como a Gramsci, para quien “la teatralidad está en la vida misma, es una actitud propia del hombre, en cuanto a que el hombre tiende a creerse y hacerse creer diferente de lo que es” (p. 123).

Aunque se ocupa de dos obras, estos ensayos se refieren implícita y explícitamente a las otras novelas de Pitol. Su análisis de *Juegos florales* explica rasgos de *El tañido de una flauta*, de la misma manera que el de *El desfile del amor* esboza líneas que comparten *Domar a la divina garza* y *La vida conyugal*, las otras dos novelas del carnaval. Las perspectivas desde las que abordó las obras, la metaficción y el teatro de enredos, aunadas a los vasos comunicantes que hay entre todos los ensayos de *El caldero fáustico*, dan la pauta del camino recorrido por el escritor. La tercera parte del volumen, dedicada a los textos autobiográficos, va a completar la panorámica.

En “De lo solemne a lo lúdico: autobiografía y memorias”, la autora analiza dos obras de Pitol, la autobiografía que escribió a los 33 años, y *El arte de la fuga*, aparecida treinta años después. De la primera señala cómo de entrada se rompe con dos de las características del género, la esperada madurez o vejez del biografiado y la notoriedad que explica la escritura de unas memorias. Rescata también otra particularidad que define al escritor: la relación inextricable entre crear y existir, que, dice Pitol, hace que en sus cuentos se encuentre más información sobre su persona que en las páginas de esa autobiografía precoz “que

están viciadas de una esencial insinceridad” (p. 134). De *El arte de la fuga*, Cázares toma como punto de partida la libertad del escritor: “sin la imposición de un género literario, Pitol puede dar rienda suelta a su imaginación, asentarse en la realidad, volverse erudito, burlarse de la erudición, jugar con sus personajes, reales o ficticios, interesarse profundamente en los problemas actuales del país” (p. 136).

En “La construcción de *El viaje*”, el otro ensayo que compone esta parte del volumen, se analiza ese libro entrañable en el que se mezclan géneros, edades, ciudades, emociones, y que parece destilar el espíritu libertario de los georgianos que retrata. Es uno de los volúmenes más breves de Pitol, pero no debemos confundirnos, dice la autora: *El viaje* en su “aparente contención” comprende “la historia rusa desde la caída de los zares hasta el año dos mil” (p. 152).

En la cuarta parte, de título “Inés Arredondo y Sergio Pitol”, Laura presenta dos ensayos que estudian cuatro cuentos de estos escritores de la misma generación. “Victorio Ferri cuenta un cuento” y “Río subterráneo” son las obras que toma como punto de partida para buscar diferencias y convergencias entre las dos escrituras; en el segundo ensayo se ocupa del estudio de los personajes femeninos en “Nocturno de Bujara” y “Sahara”.

El volumen cierra con dos materiales de gran valor, los anexos a los que me referí al principio. El primero es una entrevista que realizaron Cázares y un grupo de estudiantes en 1989, una entrevista que une preguntas interesantes a tiempo ilimitado para que el escritor las desarrolle a sus anchas. En ella, Pitol aborda asuntos fundamentales de su poética. Se trata de una buena edición, necesaria por la longitud del texto original según se nos informa en una nota al pie, aunque, dada su calidad, es de lamentar que no se haya incluido en su totalidad. El otro anexo es la biblio-hemerografía clasificada en cuatro rubros: crítica, entrevistas, reseñas y noticias, que ocupa casi treinta páginas, un corpus que va de finales de los años sesenta a 2005. El conocimiento y manejo de esa bibliografía ofrecen vetas insospechadas de los estudios de Laura Cázares, quien ahora comparte con nosotros esa larga lista, que incluye fuentes de otra manera de difícil localización.

Los lectores interesados en la obra de Sergio Pitol celebramos la aparición de este caldero fáustico, resultado innegable de una larga pasión.